

El respetuoso ateísmo de Stephen Hawking

EDUARDO GARCÍA PEREGRÍN

DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MATEMÁTICAS, FÍSICO-QUÍMICAS Y NATURALES DE GRANADA

La creación no es algo que ocurrió en el comienzo como una cosa puntual, sino que continúa sucediendo en cada momento. La religión no trata de resolver el problema del origen del universo, puesto que no trata de hechos científicos. Pero tampoco la ciencia tiene como función demostrar la existencia o la no existencia de Dios



La muerte del científico Stephen Hawking está produciendo multitud de reacciones, de reconocimiento sobre la gran categoría intelectual y humana de un investigador que, a pesar de los grandes problemas físicos que soportó durante la mayor parte de su vida, supo sobreponerse a ellos y se convirtió en un icono de la perseverancia para intentar comprender algunos de los problemas más candentes de nuestra existencia: el origen del universo, que consideró marcado por el Big Bang, y la existencia de los llamados agujeros negros. Por otra parte, tuvo la gran virtud de hacer accesible al gran público muchos de los resultados de su investigación, por lo que se le considera como uno de los mejores comunicadores de ciencia de nuestros días. De sus libros más conocidos, 'Historia del tiempo' 'La teoría del todo' y 'El gran diseño', se han hecho múltiples ediciones en los más diferentes idiomas.

Pero, dejando a un lado sus aportaciones científicas, hay un aspecto en la vida de S. Hawking que me gustaría resaltar en estas líneas. Él se consideraba públicamente como ateo, pero vivió su ateísmo en el sentido más estricto de la palabra: 'sin Dios', sin necesidad de Dios, mostrando siempre un profundo respeto hacia los creyentes. De hecho, fue elegido miembro de la Pontificia Academia de Ciencias el 9 de enero de 1986 y recibió la medalla Pío XI de esta Academia por sus trabajos sobre los agujeros negros el 19 de abril de 1975. Hawking visitó a cuatro de los últimos pontífices: Pablo VI (9 de abril de 1975), Juan Pablo II (3 de octubre de 1981), Benedicto XVI (31 de octubre de 2008) y Francisco (28 de noviembre de 2016). Estos hechos contrastan con el comportamiento de muchos de los defensores del materialismo evolucionista como R. Dawkins, que vive su ateísmo como un 'anti-Dios'. En sus libros, especialmente en 'El espejismo de Dios', Dawkins hace una crítica feroz de la religión, defendiendo que el darwinismo elimina toda racionalidad de la creencia en Dios; que ésta no sólo es errónea, sino que es potencialmente mortal.

El ateísmo de Hawking no es tan beligerante. Como C. Sagan escribía en la Introducción de 'Historia del tiempo' «se trata de un libro acerca de Dios... o quizás acerca de la ausencia de Dios. La palabra Dios llena estas páginas... Hawking intenta, como él mismo señala, comprender el pensamiento de Dios». En efecto, en la conclusión de este libro Hawking escribe: «No obstante, si descubrimos una teoría completa... sería el triunfo definitivo de la razón humana, porque entonces conoceríamos el pensamiento de Dios». Ese pensamiento que Hawking quería desvelar aparece en el libro como un garante de la racionalidad de las leyes físicas y del sentido del universo. En este sentido, lo que Ha-

wking quiere dejar claro es solamente que Dios podría no ser imprescindible como creador.

En su última gran obra, 'El gran diseño', Hawking da un paso más y, teniendo en cuenta los recientes descubrimientos, nos presenta una nueva imagen del universo en la que la teoría M «es el único modelo que posee todas las propiedades que creemos debería tener la teoría final... y puede ofrecer respuestas a la pregunta de la creación. Según las predicciones de la teoría M, nuestro universo no es el único, sino que muchísimos otros universos fueron creados de la nada. Su creación, sin embargo, no requiere la intervención de ningún Dios o Ser Sobrenatural, sino que dicha multitud de universos surge naturalmente de la ley física: son una predicción científica». El título de esta obra se refiere a la idea de Aristóteles, asumida por el cristianismo (Sto. Tomás), de que un mundo natural inteligente funciona de acuerdo con un diseño, lo cual requiere la existencia de un Gran Diseñador: Dios. Quizás para tratar de desprestigiar la hipótesis del 'Diseño Inteligente', Hawking propone lo siguiente: «Mucha gente a lo largo de los siglos ha atribuido a Dios la belleza y la complejidad de la naturaleza que, en su tiempo, parecían no tener explicación científica. Pero así como Darwin y Wallace explicaron cómo el diseño aparentemente milagroso de las formas vivas podía aparecer sin la intervención de un Ser Supremo, el concepto de multiverso puede explicar el ajuste fino de las leyes físicas sin necesidad de un Creador benévolo que hiciera el universo para nuestro provecho». Y ya casi al final de su obra, asevera que «la creación espontánea es la razón por la cual existe el universo. No hace falta invocar a Dios para encender las ecuaciones y poner el universo en marcha». Las últimas palabras del libro son una confirmación de todo lo anterior: la existencia de Dios no es necesaria para explicar la creación. «Si la teoría (M) es confirmada por la observación, será la culminación de una búsqueda que se remonta a más de tres mil años. Habremos hallado el Gran Diseño».

Queda, sin embargo, un detalle por aclarar. Hoy día tiende a aceptarse de un modo general que el concepto de creación no coincide con el de origen del universo. La creación no es algo que ocurrió en el comienzo como una cosa puntual, sino que continúa sucediendo en cada momento. La religión no trata de resolver el problema del origen del universo, puesto que no trata de hechos científicos. Pero tampoco la ciencia tiene como función demostrar la existencia o la no existencia de Dios. Como ha dicho H. Küng, «el lenguaje científico y el lenguaje religioso son tan poco comparables como el lenguaje científico y el poético. Lo cual quiere decir que la teoría del Big Bang y la fe en Dios creador no se contradicen mutuamente».